

ENCUENTROS EN VERINES 2005

Casona de Verines. Pendueles (Asturias)

El desencanto del Quijote

Chantal Maillard

Ya no son tiempos de paraísos

Hace ya cosa de medio siglo, Henri Michaux escribía (*Connaissance par les gouffres*, 1961) que “el nuestro no es un siglo para paraísos”. Ciertamente, no lo es. Durante siglos, la fabricación de paraísos estuvo a cargo de las religiones. Las teologías rivalizaron para ajustar los precios y hacer que se correspondiese la dificultad con la recompensa. Luego vino la era de los paraísos terrenales: las utopías políticas (el comunitarismo y la democracia), y finalmente, en la época de los sesenta, los paraísos inducidos por las drogas psicodélicas y las sinceras pero ingenuas incursiones del movimiento hippie en las doctrinas místicas de Oriente. Michaux, como otros muchos en aquellos años, también viajó a Oriente, pero no utilizó las drogas como evasión sino que las ingería con el propósito de someter a su propia mente a una rigurosa observación. Quería captar sus mecanismos, hacerlos más evidentes, hacerlos aparecer en condiciones extremas ante una conciencia a la que forzaba a la vigilia. Más saber y menos paraísos. “Las drogas nos aburren con sus paraísos”, escribía, “que nos den mejor un poco de saber”.

Espero que me perdonéis si, para que se entienda mejor a donde quiero llegar con esta introducción, lo hago hablando de mí.

Hace poco fui a Berlín para colaborar con un grupo de danza en el Festival de Poesía de esa ciudad. Me habían pedido que escribiese un texto poético cuyo tema tuviese que ver con el Quijote. Me había negado. Un poeta no es un mercenario, les dije, con orgulloso ademán decimonónico. Y empezaron a trabajar con los poemas de *Matar a Platón*. Después de un primer encuentro, no obstante, con el grupo, reconsideré mi respuesta: en primer lugar, ¿acaso no habían sido los artistas, tradicionalmente, unos mercenarios? ¿Acaso el concepto de “genio” que acompaña, en Occidente, la declaración de independencia del artista con respecto a sus mecenas no había germinado al tiempo que la burguesía y se había asentado con la industrialización? ¿Acaso este concepto no era, por lo tanto, también, producto de una situación económica? ¿Acaso creemos que el título de “creador” que se otorga el

artista no tiene una historia, una historia que forma parte, además, de otra historia, la de la invención del arte mismo? Yo que desde hace tanto tiempo había defendido la concepción tradicional de las artes, la devolución de éstas al ámbito primitivo del “buen hacer para un fin”, resulta que había heredado las ínfulas de mi tiempo...

Mercenaria, pues. Pero lo que me decidió definitivamente a reconsiderar la propuesta de escribir algo que tuviese que ver con el Quijote fue darme cuenta de repente de que la intención de Cervantes tenía no poco que ver con mi decisión de matar a Platón. Cervantes denuncia a los libros de caballería cuyas ideas son causa del desvarío de Alonso Quijano y de su incapacidad para vivir en la realidad. Cervantes denuncia la manía que tenemos de vivir en los conceptos, manía que nos hace perder de vista lo más inmediato, lo más evidente. La realidad es concreta, siempre, y singular. Las ideas, en cambio, son conceptos que, a diferencia de los del entendimiento común, no se generan *a posteriori*, como resultado de la síntesis de casos concretos (como el concepto “perro” a partir de muchos perros) sino que se originan *a priori*, es decir, sin el concurso de la experiencia. La diferencia no es baladí. Los conceptos del entendimiento son necesarios para valernos en el mundo. Si no tuviésemos la capacidad de elaborar conceptos la vida se nos volvería enormemente complicada. Imagínense una memoria que sólo pudiese almacenar cosas singulares, en la que no habría el concepto “agua” por ejemplo, de manera que sólo pudiésemos beber de un lugar determinado... Las ideas, en cambio, en vez de simplificarnos la vida, la complican.

Una de las diferencias entre un concepto del entendimiento y una idea es que mientras el primero es axiológicamente neutro, la segunda suele estar cargada de un determinado valor y, de acuerdo con ello, con un sentimiento de aprecio que conlleva a un movimiento de la voluntad. Para ello, se sirve de la imagen. El ideal es esa imagen. El ideal es la representación de una idea o, en palabras de Kant, “la representación de un ser individual como adecuado a una idea” (y afirmaba también el filósofo que el ideal consiste en la expresión de lo moral, sin lo cual, pensaba, no podría placere universalmente).

El ideal representa la idea de tal manera que convierte a ésta en motivo para la acción. Quien “tiene” un ideal tiende hacia él, es movido por él. El movimiento es el que acudir a la imagen. Y, dado que la imagen es siempre proyectiva, lo que hace el sujeto, en su movimiento, no es otra cosa que ir de sí mismo a sí mismo mediante un rodeo que le permita la transformación o conversión de lo que es o cree ser en lo que quiere ser. En todo caso, el movimiento que realiza le aleja de la realidad, si por realidad entendemos la vida en la que los seres se desenvuelven de inmediato.

El desencanto del Quijote.

Volviendo ahora al tema del inicio. Cuando me decidí finalmente a escribir algo acerca del Quijote, consideré que ya no eran tiempos de ideales y que, de haber vivido entre nosotros, en el siglo XXI, el personaje cervantino se habría

desencantado; (habría empezado la novela en sus últimas páginas). Los grandes ideales ya no están de moda, y no hay que lamentarlo, no es ninguna pérdida. Cierto que con ellos también se ha perdido el carácter “moral” que les acompañaba, pero tampoco es de lamentar: todo sistema social conlleva su código moral que, como la palabra indica, no es otra cosa que el conjunto de las normas de convivencia al uso, y ninguna agrupación humana ha dejado de tenerlos, salva en situaciones en las que la convivencia se desestabiliza y prima la ley de la supervivencia.

El problema no es la falta de valores. Como pensaba Lao tsé, si eliminásemos la justicia y la caridad tal vez pudiésemos volver a hallar, en el fondo de la naturaleza humana, la virtud del tao, la armonía con el universo. Cuando una ideología cae en desuso por la inercia del declive (no por colonización) o cuando entra en crisis por entrar en conflicto con los hechos la realidad vivida), se abre un período, generalmente corto, en que una sociedad es devuelta a los inicios. Sin ideas en las que ampararse para hacer el mundo algo más habitable, quien sabe si Lao tsé tendría razón y nos encontraríamos con un nuevo respeto, el que nace de la compasión, la conciencia del común padecer de una existencia por todos compartida.

El problema no es la falta de valores, sino todo lo contrario. El problema es que, aún en tiempos de desencanto cuando hemos podido constatar la inoperancia de las grandes ideas, estamos de vuelta, en el ámbito del pensamiento, de muchas utopías, gran parte de la población sigue viviendo, en la práctica, en esos parámetros que nos parecen obsoletos, con valores inservibles e ideales trasnochados. Las banderas, por ejemplo, siguen moviendo masas aún cuando los gobiernos que las izan no actúan movidos por ideales sino por intereses muy concretos. Porque es en lo concreto donde se reparten las cartas, no son ideas las que se barajan.

El Quijote desencantado adquiere la capacidad de atender a lo inmediato. Ésa es la ventaja del desencanto. La posibilidad de una nueva mirada. Despertar del sueño y atender a lo inmediato. El quijote desencantado despierta de un sueño y, como el que abre los ojos, empieza a ver lo que hay, y lo que hay no son conceptos de ningún tipo, no son universales, son cosas singulares, muy concretas, no son metáforas ni símbolos, son cosas: un poco de hierba o un trozo de asfalto, unos zapatos, las patas de un gato, y empieza a nombrar eso que ve: hierba, zapato, gato... hambre, como un niño, nombra, y el nombre aún no forma concepto, aún no generaliza, no recuerda, sólo nombra. Hierba, zapato, hambre, frío... sin rencor, sin miedo.

Quien fuese capaz de mantenerse en esa inocencia, mínimamente, tal vez fuese capaz también de erradicar las grandes palabras de sus escritos; ahí donde pusiera *la muerte*, por ejemplo, pondría una persona muerta, infinitamente ausente, o donde escribiera *el amor*, escribiría... ¿qué escribiría? Lo que ocurre con el ejercicio

de las singularidades es que poco a poco las ideas van perdiendo sentido, y eso es importante. Porque vivir en las ideas es vivir en prejuicios que nos impiden captar las cosas en la sencillez de su origen. Y es que inventamos los sentimientos, los fabricamos en las ideas de tal manera que llegamos a ser incapaces de saber qué puede haber si prescindimos de ellas.

No quiero pecar de purista: el ojo no es inocente, nunca. Es evidente que ver es reconocer, que sin cierta “decoración de interiores” en la mente, no percibiríamos nada. Que la visión está cargada de teoría es un hecho. No existe eso de percibir el mundo en su original pureza. Ver es pensar y no se piensa en vacío. No hay desvelación posible, sólo re-velaciones. Pero la consistencia del velo es lo que importa, su mayor o menor transparencia, su suavidad, su ligereza.

A punto de morir, el Quijote despierta de su sueño. Esa conciencia, la conciencia del despertar, es lo que importa. Después, que haya o no algo bajo los velos, es lo de menos.